



Otra vez el Camino de Santiago

Alejandro Cano

Coordinador Cultural. Comunicador Social y Periodista que la cultura atrapó. Me identifico como peregrino del Camino de Santiago, que descubrí gracias a un ser amado y que se convirtió en una motivación visceral, falejandro.cano@udea.edu.co

¿Otra vez el Camino de Santiago? Esa era la pregunta-exclamación que escuchaba de todo aquel que se enteraba qué iba a hacer en mis vacaciones.

—¿Por qué no vas a otro lugar? Alemania, Italia, Portugal... —era el complemento a aquella pregunta, la misma que yo sentía que no tenía que responder, ni mucho menos explicar.

Sería mi tercer Camino de Santiago de Compostela, ya había recorrido dos más, el Portugués y el Francés. Aquellas experiencias previas y uno que otro tutorial *online* al hacer el primer camino, me dieron lecciones importantes, sobre todo, en cuanto al contenido de la mochila: dos cambios de ropa, zapatos para *trekking*, bufandas, gorros, chubasquero, artículos de aseo, provisiones para el frío, un mapa, todo esto no debía sobrepasar la estricta norma de seguridad que afirma que el peso de la mochila debe ser “máximo el 10% de tu peso”.

La decisión estaba tomada, iría nuevamente a España a vivir todo aquello que bien sabía que viviría, pero también a dejarme sorprender. Llegué a Ferrol, después de unas horas de vuelo desde París hasta La Coruña y otras tantas en bus desde la Coruña hasta el lugar en donde iniciaría mi camino. Al llegar me encontré con una bella ciudad típica costera con una ría que deslumbra a cualquiera que goza de los paisajes marítimos: barcas, pescadores, un espejo de agua y hasta una sede de la Armada, todo conformaba una hermosa y colorida imagen, difícil de olvidar. Por tratarse de inicio de año era poco lo que se podía hacer allí, incluso en temas de alojamiento, ya que este tradicional lugar en el que inicia el Camino inglés no cuenta con albergue para peregrinos, ese lugar acondicionado con lo básico para un “placentero descanso” de los agotados peregrinos: una cama, sábanas desechables, baños y a veces wifi...

—Hola, vengo por mi credencial, iniciaré el Camino, es mi tercer camino —le dije a la funcionaria encargada de proveer tal documento, quizá como un pasaporte de El Camino, necesario, tanto para acceder a los albergues como para obtener la anhelada Compostela al terminar El Camino.

—Hola, aquí la tienes, son seis euros —respondió aquella mujer, con ese bello acento gallego.

Recuerdo muy bien que, desde mi primer camino, el Portugués, la credencial tiene el mismo valor, seis eurillos, esa moneda que, aunque en diminutivo, es tan costosa para nosotros, los que llegamos desde Colombia.

Un poco desorientado y acompañado por un mapa y mi mochila, salí de aquella oficina de turismo, ubicada en el centro de la “Praza de España”, el objetivo ahora era buscar un lugar donde reponer fuerzas antes de iniciar. Finalmente, después de largas horas —no exagero— de buscar un lugar para pasar la noche, lo encontré. Le pedí al recepcionista que me despertara a las 4 a.m. solicitándole, además, indicaciones de cómo y dónde iniciar El Camino.

El recepcionista no me tuvo que despertar, el deseo de iniciar, la ansiedad, y también los nervios no me dejaron dormir más que un par de horas. Después de desayunar y verificar el lugar de inicio, emprendí mi Camino Inglés de Santiago de Compostela.

Inicié el Camino, mi camino, eran las 5 a.m. y emprendí ruta. Al principio fue difícil debido a que por la oscuridad no era sencillo encontrar las flechas amarillas o los mojones (bloques de cemento que señalan la cantidad de kilómetros que faltan para llegar a Santiago de Compostela), pero tenía la ayuda de un GPS, ¿la primera meta? Pontedeume a 27 kilómetros de Ferrol. Este tramo

trajo consigo bellas rías, espejos de agua que se confundían con el cielo y muchos poblados; aún no llegaba la anhelada soledad que tanto buscaba en El Camino. Pasé por Neda y Fene, lugares con arquitecturas centenarias que no se podían escapar a una foto “por aquí y por allí”. Al llegar a Fene, a eso de las dos de la tarde, me detuve a comer en un restaurante, en él pregunté por las posibilidades de llegar a Pontedeume antes de que oscureciera:

—Te quedan unas tres horas de luz, si no quieres que te atrape la noche en medio de la montaña, ¡coge camino ya! —me informó la mesera, quien ya había hecho este camino y para quien, particularmente, tenía tramos realmente difíciles.

—Hay tramos que te romperán las piernas. —me dijo con una sonrisa entre burlona y amigable. ¡Cuánta razón tenía!

—Vete, vete ya. —culminó para, posteriormente, seguir atendiendo una mesa en la que un grupo de personas discutía, en gallego, acerca del gobierno de turno y los reyes. Algo les entendía, solo algo.

Retomé mi camino, desde aquel restaurante, a la orilla de una autovía, luego, después de un par de kilómetros, llegó la montaña que tanto anhelaba. Me interné en un sendero rodeado de bosques con paisajes de invierno y hojas, muchas hojas secas en el suelo, ¡había llegado la soledad, la anhelada soledad! Paré para buscar mi credencial y ver en el mapa cuánto faltaba para llegar a Pontedeume antes de que el sol dejara de acompañarme, pero, la credencial no estaba, la busqué en la mochila, en mis bolsillos, en la chaqueta. Miré por todos lados, me devolví unos cuantos metros, pero nada, la había perdido. Ahí estaba yo, en medio de lo que había soñado vivir, pero sin mi credencial, esto implicaba no tener acceso a los albergues y, finalmente, a la Compostela, el certificado mayor del peregrino. Decidí devolverme, y revisar si la encontraba en el restaurante donde comí, pero estaba cerrado, así que sin pensarlo dos veces tomé un autobús de regreso a Ferrol, volví a la Oficina de Turismo y, al entrar, la mujer que horas antes me había entregado la credencial no pudo ocultar su cara de sorpresa al verme de nuevo. Le conté mi historia, llorando e impotente por lo sucedido. Ella con una amorosa actitud me abrazó y me animó a buscar dónde dormir y volver a empezar al día siguiente:

—Toma, te regalo la credencial, no llores, descansa e inicia mañana de nuevo. —me dijo, siempre mirándome a los ojos y con ese hermoso acento gallego que no me canso de halagar.

—¿Cuánto hay de aquí al primer albergue que pueda encontrar en Neda? —le pregunté aún llorando

—Neda es el más cercano y está a 14 kilómetros. —me respondió. —Te tomarías unas tres horas en llegar a buen paso.

—¡Pues voy! —le dije, muy decidido.

Empecé a caminar nuevamente lo que ya había caminado en la mañana, hasta llegar a Neda, siempre reprochándome mi torpeza. Eran las siete de la noche cuando llegué al albergue, una casa campestre, en ladrillo, en medio de una gran superficie de pasto. Allí encontré a tres peregrinos que me saludaron en inglés y con los que, de inmediato, congenié. Me invitaron a cenar unas pastas y a tomar cerveza, un acto acogedor recurrente en estos espacios. Yo, mientras cenábamos, les contaba lo que me había sucedido con la credencial y presumía acerca de las otras ocasiones en las que había hecho El Camino. Mi sorpresa fue grande al enterarme de que Guido, de Holanda, y Miriam, de Italia, habían hecho El Camino muchas veces, muchas más que yo. Para Mario, padre de Miriam, era su primera vez. La noche estuvo llena de historias y una que otra clase de español para Guido, quien estaba muy interesado en mejorar su aprendizaje de mi lengua.

—¿Quieres caminar con nosotros mañana? —me dijo Miriam antes de acostarnos.

—¡Por supuesto! —respondí sin pensarlo. Aunque mi propósito era continuar solo, era imposible declinar aquella dulce y generosa oferta.

—Iniciamos a las 5 de la mañana, así que ¡a dormir! —nos dijo Mario, en italiano, idioma que no hablo, pero que me es posible entender, haciendo también una que otra pregunta en inglés, que se convertiría en nuestra lengua en común.

Así fue, nos pusimos en pie antes de las cinco de la madrugada, nos preparamos e iniciamos rumbo a Pontedeume, al menos eso creía. Yo, por supuesto, ya conocía parte de ese tramo, por lo menos hasta Fene, porque por aquello de la

pérdida de mi credencial, ya lo había recorrido el día anterior. Con Guido, Mario y Miriam siempre hubo un ambiente familiar; bromas, conversaciones, historias y mucha hermandad. Mario por momentos tomaba el liderazgo del grupo, tenía un estado atlético envidiable para sus 60 años.

Me enteré de que llegábamos a Pontedeume al cruzar un puente de piedra que atravesaba el río Eume en donde había pequeñas embarcaciones y personas practicando deportes acuáticos. Al finalizar el recorrido del puente nos encontramos con una villa costera de arquitectura medieval, en donde buscamos un Café-Bar para comer algo, eran las 10 de la mañana y yo ya estaba muy agotado porque el día anterior había caminado mucho.

—¡Por fin a descansar! —le dije a Guido mientras tomaba un café con unas madalenas.

—No, amigo, vamos hasta Betanzos. —respondió, muy seguro de lo que decía y mirándome fijamente.

—¡Betanzos! No, no puedo, ayer recorrí el doble de camino. —le dije a Guido en voz baja, con un poco de vergüenza porque él estaba radiante y con toda la energía.

—Sí puedes, amigo. —me respondió Guido en un tono suave y en voz baja. Él a veces me hablaba en español, otras veces en inglés, pero siempre asegurándose de ser entendido.

Finalmente, decidí poner a prueba mi resistencia y continué con el grupo, aunque ya habíamos caminado doce kilómetros desde Neda, Betanzos era la próxima meta. El cansancio se empezó a sentir en los primeros pasos, la mochila de 6 kilos parecía de 20, mis pies empezaban a manifestar aquella terrible y dolorosa sensación de nacies ampollas, y mis rodillas pareciera que me reprochaban la decisión de continuar caminando. Llevábamos unos pocos kilómetros y el grupo se fue diseminando, Mario, Miriam y Guido iban adelante y yo atrás, tratando de llevar su ritmo, pero incapaz de hacerlo, era una lucha perdida con mi cuerpo.

—¡Grande Alejo! —Se escuchaba, a lo lejos—. Buen camino, campeón.

—Alejo, ¿por qué seguiste? ¡No aprendes! Me hubiera quedado en Pontedeume. —Me recrimi-

naba a mí mismo, tratando de darme ánimos cada vez que aparecía por ahí un mojón con la señal de un kilómetro más (o menos).

El grupo siempre fue solidario y cada tanto me esperaban, me daban ánimos y hacían una que otra broma, siempre dándome fuerzas.

—¡Llegamos a Betanzos! —Escuché que alguien gritó, no sé si Guido o Mario.

—¡Por fin, no puedo más! —Grité yo también, o al menos eso creía porque seguro, con mi falta de energía, solo fue un murmullo.

Fueron siete duras horas, muy duras, llenas de cuestras, de senderos en piedra y de montañas hermosas, pero retadoras, hasta que a eso de las 5 p.m. llegamos a Betanzos, habíamos recorrido 32 kilómetros en un solo día. Me sentía invencible, hasta súper humano, ¡cuán equivocado estaba! En el albergue, una antigua pescadería acondicionada con instalaciones modernas para ofrecer todo lo necesario a los agotados peregrinos, Miriam, en un gesto de hermandad, me hizo algunos curetajes en las ampollas, que para ese momento cubrían completamente la planta de mi pie izquierdo y parte del derecho, mientras que Guido, quien demostró una envidiable fortaleza durante el tramo, empezó a manifestar malestar en su cuerpo y un poco de fiebre.

Nuevamente, a las cinco de la mañana del día siguiente iniciamos el otro tramo: Betanzos-Bruma. Serían treinta kilómetros, que no tenían un buen pronóstico, éramos dos luchadores casi de baja. Guido y yo íbamos a nuestro ritmo, despacio, hablando de la vida, de nuestras vidas, practicando; él español y yo, inglés y, juntos tratando de hacerle olvidar al cuerpo que venían momentos duros. En un instante nos miramos y, sin mediar palabra, reconocimos el uno en el otro que necesitábamos parar y tener un momento de descanso bajo un árbol. Así fue, nos quitamos las mochilas, los tenis, las medias y dormimos lo que pareció un día entero, aunque en realidad fue media hora. Al retomar, nos percatamos de que Miriam y Mario no estaban cerca, por lo que les escribimos diciéndoles que se adelantaran y nos esperaran en un famoso lugar cerca a Bruma llamado Casa Avellina, allí comeríamos y continuaríamos juntos hasta Bruma. Mientras avanzaban el día y los kilómetros, las dolencias de Guido y las mías se hacían menos soportables.

—Amigo, no puedo más, continúa tú. —Eso me dijo Guido en un momento en el que su cuerpo se desvaneció y cayó al suelo.

—No, ¡no te dejo! —le dije.

Miré el mapa, mientras le daba ánimo a Guido ¡faltaban cuatro kilómetros para llegar al bar donde nos encontraríamos con nuestros compañeros. Continuamos, lento, muy lento, parando cada tanto para tomar un poco de agua y recobrar fuerzas.

—Les voy a escribir a Miriam y a Mario para que no nos esperen, no es justo que se retrasen por nosotros. —me dijo Guido, jadeando fuertemente.

—Sí, es mejor que sigan su camino y los vemos en el albergue de Bruma. —respondí.

Y así fue, Guido les pidió, a través de un mensaje de texto, que continuaran su camino. En ese momento nos enteramos de que no pasarían la noche en Bruma, la próxima etapa, sino que seguirían una más, hasta Sigüeiro.

Al llegar Guido y yo a Casa Avellina, nos dieron comida y algunas medicinas para mis pies y para la fiebre de Guido. Luego, después de comer un delicioso cocido gallego, continuamos el camino, esta vez distanciados, cada uno a su ritmo, ahora yo llevaba la delantera. El siguiente albergue, Hospital de Bruma, es un lugar un poco tenebroso que le hace honor a su nombre, rodeado de neblina y soledad en medio de un área despoblada con muy pocas casas. El hecho de que fuera un antiguo hospital le daba un matiz de misterio que, para alguien asustadizo como yo, era todo un reto. Al día siguiente, como ya era costumbre, a las 5 de la madrugada fui hacia la cama de Guido, quien estaba notablemente deteriorado: pálido, con fiebre y escalofrío. Le dije que me quedaría con él, acompañándolo, pero en un tono dominante, casi ordenándomelo me dijo:

—¡No, tú continúas tu camino, yo llamo una ambulancia!

No había manera de contradecir tal decisión, pareciera que hay cierto pacto o rito no formalizado en el Camino de Santiago de continuar, pese a las adversidades propias o de otros. Empecé a caminar con rumbo a Sigüeiro sin Guido, Miriam y Mario, a mi ritmo, hablando conmigo, con mi

anhelada soledad. A veces me inventaba cosas que me ayudaban a superar los kilómetros de manera menos dura. En algunos momentos me acostumbraba tanto al dolor de las plantas de mis pies, que se convertía en parte de mí, se acoplaba a mi cuerpo. Quedaban poco más de 42 kilómetros para llegar a la anhelada meta, Santiago de Compostela, y 26 para la penúltima, Sigüeiro.

Todo ese día fue por montaña y solo, tal y como lo quería, como lo necesitaba. Hacía paradas en uno que otro Café-Bar de pequeños poblados y allí me quitaba los tenis para dar un breve alivio a mis pies. Cuando el día estaba llegando a su fin, revisé el mapa y el GPS y noté que faltaban más de cinco kilómetros para llegar a Sigüeiro. El miedo me invadió porque temía que la oscuridad me atrapara allí, en medio de una montaña. La mente empezó a jugar conmigo y, como en otros caminos, recordé hechos que me causaban escalofrío. De inmediato y, como una de aquellas locuras a las que uno apela en esas circunstancias, empecé a hablarle a la Virgen María, algo extraño y nunca antes hecho por mí, por lo menos después de pasar la adolescencia, a ella le pedí compañía y fortaleza. El trato era sencillo, ella me acompañaba y yo rezaba el rosario mientras caminaba. Realmente no soy creyente, ni devoto de la Virgen, ni mucho menos rezo el rosario, pero como lo dije antes, la mente empieza a hacer de las suyas. Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.... Así me fui hasta Sigüeiro sin darme cuenta y con la luz del sol acompañándome. Cada Ave María se la dedicaba a alguien; a mi padre, a mi madre, a mis familiares, a mis amigos, a mi perra, a mí.

En Sigüeiro no había albergue oficial, pero conocí a los mejores hosteleros que pude tener durante los 102 kilómetros que ya había recorrido, Alicia y Pepe. Ellos me acogieron en su albergue Camiño Real, que no podía tener mejor nombre porque con su atención, cuidados y cariño no solo me ayudaron a una notable recuperación de mis dolencias físicas, sino que me brindaron el calor humano tan necesario para todo lo que había recorrido y vivido, haciéndome sentir “como un rey”. Allí pasé dos noches porque Alicia, gracias a sus estudios de enfermería, me trató las ampollas cosiendo unos hilos a través de ellas. Cada cierto tiempo, durante las dos noches que pernocté en Camiño Real, Alicia pasaba por allí a revisar la evolución de mis ampollas.

Madrugué, como siempre, pero esta vez solo. Era 7 de enero e iniciaba el tramo final, aquel que me llevaría hacia la meta, Santiago de Compostela. Salí de Sigüeiro y, cuando me interné en la montaña, volví a hacer aquel extraño trato con la Virgen, yo rezaba y ella me ayudaba y acompañaba. Los últimos 16 kilómetros fueron muy felices, canté, disfruté del paisaje, de las aves, las ardillas, los caballos y todos los animales que se atravesaban en mi camino. Por ahí vi la imagen en papel de una bruja colgando de un árbol, lo que me produjo un poco de miedo, pero que, a paso largo, superé; estaba atravesando el famoso El Bosque Encantado de El Camino Inglés, que me hacía sentir en medio de alguno de los cuentos de Los Hermanos Grimm. No tenía afán por llegar a Santiago, ya todo era más llevadero, 5, 4, 3 kilómetros que me mostraban los mojones pasaron sin novedades y sin dolor, el curetaje de Alicia había servido, y mucho. En un momento, Guido me escribió diciéndome que ya estaba en Santiago y que se dirigía hacia Finisterre “Fin del mundo”, para muchos el fin de El Camino. Allí él se encontraría con Mario y Miriam. Él me invitó a encontrarme con ellos allí, pero mi meta era clara: Santiago de Compostela.

Al llegar a Santiago, a la ciudad antigua donde se concentra toda aquella mítica y maravillosa historia del apóstol Santiago y ver a lo lejos una de las torres de la catedral, el sentimiento fue de alegría, mucha alegría, y a la vez no podía parar de llorar. Anduve lo más rápido que pude para llegar a la Catedral, encontrándome de paso con aquellas rúas de piedra, calles angostas y edificaciones antiguas.

Por fin, la Plaza del Obradoiro y al fondo la Catedral de Santiago de Compostela. Había pocos peregrinos por allí, ¡claro!, era invierno. Solté mi mochila y me postré frente a esa bella edificación que se convertía en la meta soñada, en la materialización de mi felicidad, de cada kilómetro caminado, de cada ampolla, de un año más para agradecerle a la vida el poder caminar por mi propia cuenta, contra todas las adversidades.

Antes de entrar a la Catedral, lugar donde según la historia se encuentran las reliquias del Apóstol Santiago, fui al lugar asignado para la entrega de la Compostela, el certificado mayor del peregrino que, con un texto en latín, oficializaba mi peregrinar. Para recibir tal documento, una persona revisa la credencial/pasaporte, en el que los pere-

grinos deben poner el sello de cada lugar y albergue por el que caminaron.

Finalmente, con mi Compostela, la tercera, entré a la Catedral, abracé la cabeza de Santiago, como es tradición, y participé de la eucaristía en honor a los peregrinos. Se dijeron en voz alta uno a uno los nombres y nacionalidades de las personas que habíamos llegado ese día a Santiago de Compostela. Luego, antes de finalizar, la bendición con el botafumeiro (quizás el mayor incensario del mundo, encendido como un homenaje de la ciudad de Santiago al peregrino).

Salí y me despedí de la plaza, me despedí de la catedral, me despedí de Santiago, no sin antes prometerles regresar una y otra vez, hasta que mis fuerzas y la vida misma me lo permitan. “Me voy, pero regreso, descubriré nuevos caminos, nuevos retos, nuevas soledades y nuevas formas de vivir la vida, porque el camino es la vida misma”. Ahora tengo en mi casa tres compostelas y tres credenciales, símbolos no solo de cientos de kilómetros, símbolos de mi propia vida y de mi propio camino. ¡Buen camino! 🐍



Carlos Motta / Untitled #2 [from the series Midway Upon the Journey Of Our Life...], 2019
Digital C-print on paper / Photographed by Michael Mc Fadden
76 x 114 cm / 30 x 45" Cortesia Mor Charpentier, Bogotá/Paris